

VALORACION GEOESTRATEGICA DEL HEMISFERIO AUSTRAL

RICARDO RIESCO J.

En este artículo se intenta un análisis geopolítico global del período de posguerra, procurando una interpretación que abarque simultáneamente la evolución espacial en la totalidad del planeta. En esta perspectiva se distinguen al menos dos grandes tendencias con que se han sucedido y cristalizado las expresiones de la Teoría del Poder Territorial que han operado durante la segunda mitad del siglo XX.

La primera de ellas corresponde a una agudización extrema de la disputa geoestratégica que asume en el hemisferio norte el conflicto entre el Poder Oceánico versus el Poder Continental. Esta etapa se inicia conjuntamente con el término de la Segunda Guerra Mundial, asumiendo una orientación geográfica oeste-este, que se desenvuelve preferentemente en el continente euroasiático. Este enfrentamiento geopolítico oeste-este no logra llegar a un desequilibrio definitivo en el balance de poder de los bloques en pugna. Muy por el contrario, se ha producido un nivel de empate-estancamiento geoespacial que, en busca de una solución, provocó un peligroso incremento cualitativo y numérico exponencial de los umbrales geopolíticos, pero sólo en un sentido vertical. Sin embargo, tampoco esta intensificación vertical logra abrir un cauce que canalice el enfrentamiento. La saturación geopolítica del hemisferio norte alcanza su umbral crítico en la década del 70 y revierte geoestratégicamente hacia el hemisferio sur, ámbito en el cual se supone se logrará la solución de la incógnita de esta ecuación geoespacial de poder. Esta valoración y puesta en escena del hemisferio austral corresponde al comienzo de la segunda gran etapa detectada y se encuentra actualmente en pleno desarrollo.

El propósito de un examen de esta naturaleza no puede ser de momento riguroso en virtud del débil distanciamiento cronológico que aún nos separa de los hechos geopolíticos referidos y aspira, en consecuencia, sólo a identificar, destacar y revelar estas grandes tendencias a una macroescala geográfica. Una profundización preliminar intenta señalar el sentido, la dirección y modalidad con que América hispano-lusitana como un todo, y también atendiendo en particular a cada una de sus partes, se incorpora y valoriza geoestratégicamente en esta dinámica. Se

RICARDO RIESCO J., es Doctor en Geografía de la Universidad de Bonn (Rep. Fed. de Alemania) y profesor titular del Instituto de Geografía de la P. Universidad Católica de Chile. Actualmente es decano de la Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política.

justifica esta escala de estudio en la raíz de la conceptualización geográfico política que está rigiendo en la actualidad estos procesos que supone una fundamentación lógica estructural interna tal que ella se plasma, sólo si se abarca e incluye a la totalidad del planeta en el examen.

El principio de totalidad conectiva en geografía política

Aquello más distintivo sobre lo que se basa esta acepción lógica moderna de la geografía política es postular y reconocer que un territorio geográfico no solamente tiene un valor intrínseco propio, susceptible de ser dimensionado y que es producto de su tamaño, su población, su estructura y su dotación de recursos naturales. No, lo decisivo es que en geografía política moderna paralelamente se acepte que un territorio tiene un valor adicional. Este valor se articula y plasma en función a la estructuración y al ordenamiento espacial del resto de las naciones y a su ubicación en relación a ellas. Es decir, debe sumársele a esta ecuación de poder una expresión que apunte y rescate el valor de situación que está en relación con un horizonte de referencia mayor. En la actualidad la unidad de referencia es el planeta todo. En geopolítica el espacio geográfico no adquiere solamente un valor propio en sí y ante sí, ni tampoco una importancia normativa independiente, autónoma. Al contrario, él se entiende y valora sólo en el marco de un contexto y, por ende, se relativiza su valor absoluto.¹ De ahí que la causalidad geográfica tenga modernamente implicancias más amplias y ramificadas que los signos con que se la interpretaba antiguamente.

Así, por ejemplo, el Estrecho de Ormuz o el Aden no tienen relevancia geopolítica en cuanto estrecho, sino sólo en función de ámbitos geográficos mayores que ponen en contacto y que exceden la connotación estrictamente topográfica del estrecho. Un ejemplo más cercano es la Isla de Pascua cuyo significado geoestratégico rebasa con creces y no guarda ninguna relación con su tamaño territorial, desarrollando implicancias geopolíticas que se concretan en otros ámbitos geográficos.

La tensión geopolítica oeste-este, una concepción bipolar no resuelta en el hemisferio norte

En la década de los años cincuenta y muy especialmente en todo el decenio del sesenta, se revitaliza en el hemisferio norte un eje geográfico principal en torno al cual gira, gravita y se polariza todo el accionar geopolítico del hemisferio norte industrial y técnicamente desarrollado, liberado por las dos grandes potencias. Este hecho corresponde a una consecuencia directa de la Segunda Guerra Mundial, pero que tiene profundos antecedentes previos. Ese eje principal asume una orientación y dirección geográfica oeste-este y se centra, en una primera instancia, en el cinturón extratropical templado frío y frío septentrional del continente euro-asiático. Los actores principales que se desenvuel-

ven en este escenario, si bien remozados probablemente en la forma y modalidad que asumen en su accionar, corresponden, no obstante, a una expresión renovada de un antiguo problema geohistórico recurrente y definitivamente no resuelto en ninguna de las instancias anteriores. Expresado en una concepción geográfico-política, este alineamiento corresponde a una nueva manifestación de la antigua disputa geopolítica entre el poder oceánico asentado y surgido de una Europa occidental unificada, dominadora y proyectada hacia los ámbitos oceánicos del planeta, en contraposición al poder continental asiático constituido y controlador del corazón terrestre del planeta.

La concepción bipolar que postula esta disputa del poder oceánico versus el poder continental en Eurasia,² ha descansado históricamente siempre en dos requisitos geopolíticos básicos, como lo revela la sorprendente identidad con que han actuado los sucesivos estados que en el transcurso del tiempo han intentado y participado en esta polémica espacial. La primera condición es aquella que muestra que Europa puede asumir y plasmar su posición de contraparte del poder continental, solamente si se presenta con un carácter unitario e integrado. La consecución de esta necesidad se puede desprender, entre otros ejemplos, ya desde el proyecto territorial que es susceptible de reconstruir incluso en el accionar del imperio romano versus el impetu de los pueblos germanos. Sin ir más lejos también se observa en la proposición territorial napoleónica, pasando por el intento geoestratégico del nacional-socialismo. Esta concepción culmina, finalmente, en el fundamento geopolítico que sostiene en la actualidad al mercado común europeo. Entonces, se observa repetidamente que Europa se constituye e integra geopolíticamente sólo como expresión espacial de unidad. Vemos así reiterada la diferente dimensión temporal que rige la geografía y la historia. Los hechos geográficos perduran, subyacen y permanecen en el tiempo a los históricos. Las distintas vicisitudes históricas valoran y ponen de manifiesto fundamentos geográficos, pero que ya eran parte constitutiva del escenario natural. Así pues esta persistencia de las concepciones geográficas no puede catalogarse como mera casualidad, sino que representa la base teórica, el factor de continuidad que determina la posibilidad de existencia de la geografía como ciencia.

La segunda cláusula inherente a esta concepción bipolar señala que en el espacio geográfico perteneciente al Herzland continental ha de operar, o más bien que allí hay exclusivamente lugar para una sola potencia. De manera que la pluralidad de intereses hegemónicos sobre esa área atentaría decididamente contra su potencialidad. A la luz de dos ejemplos actuales, resulta evidente que los EE.UU. y la URSS toman expresa conciencia de estos dos fundamentos señalados en su actual accionar geoestratégico en Eurasia. El primer caso se desprende del apoyo que EE.UU. brinda al viraje político presente de la República Popular China, con miras geopolíticas indiscutibles de introducir una segunda potencia que le dispute el liderazgo a la URSS en el Herzland continental. Una fundamentación de esta naturaleza se insinúa también en la

proposición europea de distinguir entre una Rusia europea y otra Rusia asiática propiamente tal, discriminación que enardece sobremanera a los soviéticos ya que apunta a una eventual carencia de su unidad interna. En forma inversa la pertinaz oposición de la Unión Soviética a la reunificación de Alemania no permite ni merece dudas en el sentido que representa una impugnación geoestratégica directa a la unidad de Europa.

Es necesario retener que tampoco en las postrimerías del siglo XX, en que el poder oceánico aparece encabezado por los EE.UU. y el continental terrestre por la URSS, y no obstante el progreso tecnológico arrollador de ambos, la tensión y disputa no ha logrado resolver esta bipolaridad geoespacial de fondo. Por el contrario, más bien es preciso reconocer que el problema se ha ampliado y ha revertido con plena identidad de esencia, en primer término, hacia otro ámbito geográfico del mismo hemisferio norte y, en segunda instancia pero esta vez en una expresión diferente, hacia el hemisferio austral del planeta.

En efecto, en el primero de los casos la presión y confrontación geopolítica oeste-este se ha desplazado y extendido hasta incorporar un cinturón geográfico paralelo al descrito anteriormente, pero que incluye esta vez las latitudes templadas cálidas y subtropicales del continente euroasiático. Si bien abarca en general toda su elongación oeste-este, pone, no obstante, un acento preferencial en el Oriente Medio, también en el Lejano Oriente alcanzando por cierto hasta el sudeste asiático. Desde una perspectiva global de geopolítica, probablemente toda la dinámica geoestratégica e incluso bélica de la posguerra en este segundo escenario geográfico ampliado es susceptible de ser interpretada como expresiones más o menos complejas que representan fronteras parciales, componen límites regionales, conforman enclaves locales, reproducen soluciones parciales y tácticas de compromiso en esta porfiada y recurrente polémica geoespacial, entre el poder marítimo externo y periférico contra un Herzland continental interior.

La pérdida de la hegemonía geoestratégica planetaria del hemisferio norte y su repercusión en el hemisferio austral.

La persistencia de esta bipolaridad espacial no resuelta en el hemisferio norte ha configurado como alternativa un nuevo frente hacia el cual se canaliza, conduce y se despliegan todas las alternativas políticas en el marco de una interpretación basada en la teoría del poder espacial. Ese nuevo eje asume una disposición y orientación predominante norte-sur. Es decir, la saturación —quizás ante todo la rigidización extrema— de los frentes geopolíticos territoriales en el hemisferio norte ha valorado y puesto en el escenario mundial al hemisferio sur del planeta, especialmente sus ámbitos extratropicales más australes. De tal manera, el sello geoespacial de los últimos decenios del siglo XX es, ha sido y será la sustitución de la tensión geopolítica oeste-este en el hemisferio septentrional por una intencionalidad manifiesta de incorporar

al hemisferio austral del globo, condicionando por tal motivo una orientación dominante norte-sur en la dinámica geoestratégica. Una ecuación geoespacial empantanada y no resuelta del hemisferio boreal y cuya persistencia en el tiempo pareciera insostenible, amenaza resolverse y definirse en el hemisferio sur, en favor de alguno de los dos grandes bloques en que aparece dividida en la actualidad la humanidad. En tal evento, quien domine geopolíticamente ciertos ámbitos geográficos neurálgicos de este lado del planeta en los cuales reina de momento un sustancial vacío de poder, y apoyado en su situación estratégica del hemisferio boreal, dominará el mundo.

El concepto de conflicto norte-sur,³ de contraste norte-sur o incluso diálogo norte-sur surge de la literatura geográfica pertinente alrededor de 1950 en los EE. UU. y cerca de un decenio después en Europa. Originalmente asume una acepción más bien de geografía económica para derivar posteriormente hacia la geografía política. Pioneras pueden considerarse las obras de Hirschman, A. (1957, 1958) en norteamérica y la de Jessen, O. (1952 y Dörrenhaus, F. (1959) en Europa.⁴

Evidentemente la intelección del análisis propuesto aquí, e incluso también en los autores citados, supone un cierto nivel de abstracción geográfico ya que a una escala menor, sin duda, este contraste norte-sur estaba ciertamente presente con anterioridad e incluso simultáneamente al interior de Europa. Ejemplo de ello es, entre otras múltiples posibilidades, la intensa diferenciación entre la vertiente nor y sur alpina, o los acentuados matices dentro de Rusia.

Intentando un resumen de las consideraciones hasta aquí expuestas se puede destacar lo siguiente:

- La pugna a que la teoría del poder territorial que históricamente se ha venido planteando desde larga data como un factor hegemónico en el hemisferio norte del planeta, y cuya expresión más recurrente y álgida se ha desarrollado siempre en una disputa reiterada por el dominio de los ámbitos continentales del continente euroasiático, no evidencia potencialidad autóctona suficiente para lograr una solución definitiva.
- Esta indefinición ha revertido geopolíticamente hacia el hemisferio sur y, por consiguiente, una lucha en esencia continental en su origen ha pasado a buscar una solución que pueda desequilibrar este estancamiento en los ámbitos eminentemente oceánicos del planeta, esto es en el hemisferio sur.
- La repentina valoración geoestratégica de origen alóctono del hemisferio sur no es generalizada, sino que evidencia orientaciones preferenciales donde converge prioritariamente el interés. Estos ámbitos son los espacios de aguas internacionales abiertos de los océanos Pacífico, Atlántico e Indico, pero con especial énfasis en el primero. En segundo término se centra el interés en el continente antártico y, finalmente, en áreas neurálgicas del continente sudame-

ricano, especialmente en el cono sur de él. Como un todo, el hemisferio sur entra forzado a esta alternativa estratégica que apunta al poder total, y no por voluntad propia.

- Llama poderosamente la atención la aparente exclusión del continente africano en este proceso de valoración general del hemisferio sur. Es muy posible que ello sea un hecho momentáneo, cuyo comportamiento futuro resulta difícil evaluar hoy. Así, una vez más, se confirma la hipótesis de que el hemisferio sur entra a Europa a través de América latina y no de Africa, no obstante que la distancia geográfica tiende a evidenciar que es preferentemente esta última la que debiera proyectarse directamente hacia Europa. Sin embargo no es así. Se repite en este sentido lo sucedido en el mundo intelectual europeo de comienzos del siglo XX, donde fue precisamente la labor científica de Alexander von Humboldt en América Tropical aquello que introdujo y abrió la curiosidad del mundo culto europeo hacia el mando que permanecía hasta aquella época absolutamente desconocido.

¿Cuáles son entonces estos ámbitos geoestratégicos neurálgicos y prioritarios del hemisferio sur y en qué se funda su interés geopolítico para las grandes potencias?

Es necesario reiterar que los espacios del ámbito austral, a los cuales se aludirá más adelante, no se configuran ni se estructuran en virtud de vínculos geoestratégicos internos propios. No es exclusivamente su impronta geográfica aquello que los potencializa geopolíticamente. Por el contrario, es precisamente esta visión de contexto global de referencia, la conceptualización de totalidad conectiva —que como se viera rige a la geografía política moderna— aquello que los valoriza y que los incorpora al escenario mundial de los acontecimientos.

América del Sur no ha sido desgraciadamente capaz a lo largo de su historia republicana, desde los albores del siglo XX, de tomar conciencia total de su estructura y potencialidad territorial. La corona española entendió, talvez mucho mejor que las repúblicas derivadas, el valor específico de conjunto, la potencialidad que emanaba de un continente integrado y unido. El pecado geopolítico original de América latina republicana arranca y se enraiza en la pérdida de unidad, en la solución de continuidad con que nace a su vida independiente, habiéndola hecho históricamente siempre tan vulnerable a toda penetración y, particularmente en la actualidad, en su dependencia económica. La América colonial hispana tuvo una posición geopolítica decididamente más digna e importante en el contexto mundial de la época, en comparación con la actual.

Chile tampoco ha logrado asumir una genuina conciencia territorial que se plasme y surja desde lo profundo de su geografía y que paralelamente sea el producto de una concepción propia, y no como res-

puesta a un requerimiento externo impuesto. El país no ha logrado realzar lo particular y específico del espacio donde se concreta e inserta su geografía, notándose la ausencia de la cristalización de un proyecto coherente de ocupación territorial. En efecto, el signo especial preponderante de su geografía es la tridimensionalidad de su territorio americano, antártico y oceánico. Sin embargo, predomina una concepción monodireccional en el quehacer nacional, en el cual se reconoce y concibe exclusivamente una dimensión norte-sur y vice-versa. Por otro lado lo específico de nuestra geografía americana es el extendido litoral de más de 4.000 kms. frente al océano más grande del mundo, y, contrapuesto a ello, la presencia de una vasta y magnífica cordillera señala y condiciona un espíritu montañoso. No obstante, nos caracteriza una mentalidad de habitante mediterráneo, proclives a la ocupación de espacios planos de fondo de valle que son precisamente los ámbitos más escasos y excepcionales de nuestra geografía. Aquello que, en función de su exclusividad, debiera ser preferentemente cuidado y preservado.

La flaqueante concepción y entendimiento que un pueblo maneja de su territorio tiene implicancias graves en el accionar geopolítico, como se desprende sin más del caso de Chile. Las dimensiones del territorio con que el país nace a su vida republicana independiente en 1810 no excedía de hecho, por el norte probablemente el valle del río Elqui o tal vez el río Copiapó. Por el sur la frontera coincidía, en términos generales, con el río Bío Bío. Fue ante un requerimiento externo, como la Guerra del Pacífico aquello que obligó a Chile consolidar y posteriormente incorporar y valorar el extremo árido norte del territorio. De igual manera, fue sólo producto de la colonización germana del sur acometida a partir de la segunda mitad del siglo XIX que el país pudo lograr una continuidad territorial tal que le posibilita el control y dominio de su territorio austral. Modernamente, es en virtud de las reiteradas controversias limítrofes con la República Argentina que Chile forzosamente toma conciencia de su proyección territorial austral. Paralelamente, la solicitud elevada por los EE. UU. de una eventual utilización de la Isla de Pascua en sus vuelos espaciales le muestra al país su enorme y trascendente proyección occidental en el Océano Pacífico y cuya existencia permite precisamente que se constituya, con todo su potencialidad, la expresión y extensión tridimensional del territorio.

Sin embargo, es preciso reconocer y admitir que Chile ha estructurado generalmente respuestas coherentes y correctas frente a cada uno de estos requerimientos en las distintas épocas, que le han permitido conservar íntegra la potencialidad geoestratégica de su territorio. La excepción más negativa en este sentido la constituye la pérdida territorial de la Patagonia oriental.

Las aguas internacionales del Océano Pacífico Sur y el Continente antártico: fronteras geopolíticas de Chile Austral

Las fronteras y tareas geopolíticas de Chile Austral concuerdan y coinciden con los dos últimos y grandes espacios geográficos del planeta cuyo control geopolítico no se ha decidido aún entre las dos grandes potencias mundiales. Por el contrario, corresponden a espacios que están en vías de adjudicación y serán arduamente disputados en el decenio y medio que resta hasta el año dos mil.

En una perspectiva geoestratégica moderna es iluso pensar que se podrán conservar incólumes ámbitos titulados "patrimonio común de la humanidad". El desarrollo histórico así lo ha enseñado y lo continúa mostrando en la actualidad, de manera que es perfectamente previsible admitir que el Océano Pacífico Sur y la Antártica van a ser adjudicados en esferas de dominio y poder. Un ejemplo baste para corroborar esta hipótesis. La progresiva demarcación de los océanos mundiales así lo testimonia. Inicialmente 2 millas, luego 12 millas territoriales; hoy día 200 millas marítimas quedan comprometidas bajo un régimen patrimonial económico exclusivo. Mañana quizá 300, ¿y por qué no a futuro una demarcación de la totalidad de los océanos mundiales? ¿No sucedió acaso lo mismo con las tierras continentales emergidas durante los siglos XVII, XVIII y XIX?

Intentemos revisar el sentido y el significado con que debe asumirse en el análisis el concepto de frontera geopolítica.

Probablemente existe una variedad amplia de maneras distintas de entender y ordenar el concepto de "frontera" en general que, de alguna manera, se conjugan para entender este problema para el caso de Chile. La primera de ellas, y quizá la forma más extendida, es la acepción estrictamente jurídica del término que para los efectos de esta exposición guarda estrecha concomitancia con el concepto de límite.

Una segunda e importante interpretación de frontera es aquella que la enfoca con una concepción político-cultural y la define como un espacio geográfico espacial y temporalmente recurrente de interpretación, como un ámbito de integración, pero a la vez también de desintegración de procesos políticos, económicos y sociales. En esta perspectiva se puede clasificar, a modo de ejemplo, la frontera franco-alemana que —independientemente de las pulsaciones geográficas derivadas de las dos últimas guerras mundiales—, marca y marcará siempre una persistente bisagra cultural que hunde sus raíces incluso en las antiguas y arduas disputas de los imperios romano y germano.

El ejemplo recién citado ilustra un caso de frontera político-cultural eminentemente intraeuropea. No obstante recordemos otro ejemplo, de un tipo de frontera político-cultural, sin duda de gran trascendencia geopolítica, como es el caso de la frontera cultural entre Europa y Asia. Es decir, tomar postura frente a la pregunta si acaso existe un espacio geográfico cultural denominado Eurasia. Esta es una interrogante y disputa por cierto con antecedentes, con envergadura y tradición en la

discusión histórica que, por recoger a modo de ejemplo tan sólo los últimos capítulos de este largo debate, para ciertamente, como se planteara al inicio, por Napoleón, Hitler y, sin lugar a dudas, por los reiterados prolegómenos de acercamiento entre las dos Alemanias. Es una interrogante frente a la cual se estructura una respuesta diferente de parte de la Unión Soviética y de Europa Occidental.

¿Ocupa Alemania geográficamente acaso la frontera cultural del mundo cristiano-occidental frente al mundo islámico asiático, incluida la URSS? ¿Es dable pensar que ese ámbito deba y pueda ser definido y ocupado por una sola potencia que en tal evento pasaría probablemente a transformarse en la tercera potencia mundial? ¿No tiene y adquiere entonces esta concepción de frontera político-cultural un significado mucho más profundo y decisivo que la acepción jurídica restringida de límite postulada anteriormente?

La tercera forma de entender el concepto de frontera, y que se acerca más a la realidad de Chile en su geopolítica austral, es aquella que la concibe como un ámbito pionero de ocupación y colonización. Es decir, aquello que marcaría el límite entre el ecúmene y el anecúmene. En consecuencia, frontera distinguiría el ámbito humanizado y cultivado del planeta frente a lo no incorporado.

Pues bien, en la concepción de frontera geopolítica coactúan, para el caso de Chile Austral que interesa, varias de las características de las dos últimas concepciones, es decir, una interpretación político-cultural y una interpretación de frente pionero de colonización. Sin embargo, para lograr una expresión y acepción geopolítica del concepto resulta necesario considerar adicionalmente la hipótesis sostenida por el historiador F. J. Turner.⁵ El plantea que fue precisamente en la frontera y al tenor del impacto que provocan medios ambientes naturales desconocidos y agrestes, que actúan sobre individuos representantes de una civilización trasplantada, donde se formó y fortaleció la concepción libertaria, depuró el ideal nacionalista y acrisoló principalmente el espíritu democrático de los Estados Unidos. La experiencia y la sensación de libertad que está necesaria e intrínsecamente presente en una frontera y que flota en este ámbito habría sido —según Turner— aquello que desató las amarras y provocó la liberación de la influencia europea y se transformó en el germen a partir del cual se acrisola la idea de americanismo. De aquí la importancia político-cultural de frontera en la vida de un pueblo.

Conjugando esta idea de Turner para Chile es probable —aún sin antes haber expresamente definido qué se entiende por frontera geopolítica— que frontera sea aquello que determina un "Leitmotiv" en torno al cual se aglutina y desarrolla un proyecto de "Nación" y posteriormente de "Estado" en una comunidad. Vale decir, la identificación de la frontera geopolítica como tarea puede ser aquello que incite al desarrollo de un "ethos republicano" que todo pueblo ha de tener para consolidarse y trascender geopolíticamente en el tiempo. Es lo que, mirando retrospectivamente, debieron haber sentido los ciudadanos de

Chile central a raíz de la colonización alemana de la Región de los Lagos durante la segunda mitad del siglo XIX, o sin ir más lejos, la positiva e innegable sensación de voluntad y poder que implícitamente desata en la actualidad la Carretera Austral. De alguna manera a través de la explicitación empírica del concepto de frontera se consolidará la razón de ser territorial de un pueblo, se revelaría su destino y misión.

Decantado entonces este sentido esencial de frontera, se postula concretamente una definición de frontera geopolítica pensada y desarrollada para el caso específico de Chile. La definición ha sido elaborada para la frontera geopolítica de Chile respecto al Océano Pacífico y la Antártica, teniendo presente que Chile limita al oeste con aguas oceánicas internacionales y no con algún otro país soberano. Similar situación ocurre respecto a la Antártica. Constituyen las fronteras geopolíticas de Chile: "Aquellos espacios (ámbitos) geográficos extraterritoriales y extrajurisdiccionales de la Nación en los cuales el país necesariamente ha de tener una presencia e influencia tales que le permitan y aseguren consolidar, acrecentar y proteger la soberanía e independencia política, económica y cultural de su núcleo geográfico central donde jurídicamente se asienta el Estado".

En otras palabras, son aquellos espacios internacionales externos sobre los cuales se debe contribuir a vigilar con miras a que se asegure la integridad territorial interna. Consecuencialmente, será la tarea geopolítica de Chile tener presencia en estos ámbitos. Usando una conceptualización ratzeliana —el fundador de la geografía política— diría: un Vorland que avale la existencia de un Hinterland que es (este último) el Lebensraum legítimo y jurídico de todos los chilenos. En cierta medida esta concepción de frontera geopolítica tiene una comunidad de "esencia conceptual" con el denominado arco marginal interno y externo de la teoría del heartland de Mackinder (op. cit.).

El Océano Pacífico tiene una cantidad de características geopolíticas trascendentales. Por de pronto constituye la unidad geográfica homogénea más grandes del planeta. La superficie del Océano Pacífico es de 180.000.000 de km². Eso significa que este océano tiene un área superior a la suma de todas las tierras emergidas que existen en el planeta que, como se sabe, suman 150.000.000 de km².

Sin embargo, este océano tiene una característica realmente fundamental desde el punto de vista geográfico. En geopolítica los océanos no son contemplados como superficie líquida en el sentido estrictamente oceanográfico del término, sino que los océanos se valoran en esta perspectiva en relación a la penetración al vínculo continental que ellos tengan. Es decir, lo que interesa es esta posibilidad de integrar continente y océano, lo que le confiere un valor geopolítico. El Océano Pacífico con 180.000.000 de km² drena, no obstante, solamente 1/7 de la superficie de las tierras emergidas evidenciando una gran desproporción entre superficie y Hinterland geopolítico. Por su parte, el Océano Atlántico, que tiene una superficie equivalente sólo a la mitad del Océano Pacífico, drena más del 50% de las superficies emergidas del planeta.

En consecuencia, desde la perspectiva en debate el Atlántico tiene un considerable mayor peso relativo en el concierto de poder estratégico que lo que pueda tener el Océano Pacífico. Los límites geopolíticos del Atlántico en Sudamérica no concuerdan con la línea de costa. El Océano Atlántico, geopolíticamente hablando, llega hasta la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes y en Europa abarca hasta el Mar Negro. Por consiguiente, es factible preguntar si el Océano Pacífico es un espacio que une o separa, ya que no tiene relación —como se sostiene en geopolítica— de lococonexión con los continentes que lo rodean.

La respuesta definitiva a la interrogante anterior requiere de un estudio específico en profundidad, además el tema es susceptible de ser abordado desde distintas perspectivas. No obstante, la simple contrastación de distancias numéricas geográficas que han estado presente en acontecimientos históricos actuales y pasados muestran que las dimensiones transpacíficas son tales que no resisten comparación con ningún desplazamiento conocido. Por ejemplo, los recorridos de los periplos griegos y romanos en el mar Mediterráneo no excedieron de las 2.000 millas marinas como expresión límite superior. La máxima elongación oeste-este en el Mediterráneo —en Gibraltar y Beirut— es de 2.068 millas marinas. El movimiento de las Cruzadas supuso distancias considerablemente menores. Pero no se piense que solos los desplazamientos de la Antigüedad y de la Edad Media fueron de proporciones geográficas menores en comparación con las distancias transpacíficas. Pese al manifiesto progreso tecnológico de los tiempos modernos, las flotas aéreas y marítimas necesitan obligadamente de apoyos intermedios para sus desplazamientos trascontinentales. La navegación aérea, por ejemplo, entre la costa oriental atlántica de Norteamérica y Europa Occidental precisa de un punto intermedio como lo son las Islas Azores, no obstante que la distancia New York-Londres es de sólo 3.644 millas. Por otro lado, la reciente guerra en las Islas Falkland en el Atlántico Sur demostró las serias dificultades que tuvo la flota inglesa para desplazarse, a pesar de que la distancia total era de 7.130 millas. Llegó a tal extremo el problema que los ingleses tuvieron que hacer escala forzada y obligada en la Isla Ascensión, ubicada a medio trayecto a 3.675 millas de Londres. Aún en tiempos modernos pareciera consolidarse una distancia crítica en torno a las 3.000 a 3.500 millas como radio de acción máximo y prudente.

Ahora bien, las distancias transpacíficas exceden con mucho esos valores. Valparaíso-Tokyo distan 9.214 millas; Valparaíso-Sidney alrededor de 6.076 millas; Valparaíso-San Francisco 5.122 millas marinas. De manera que resulta necesario precisar que las distancias que separan las dos vertientes océano pacíficas representan dimensiones cuyo tránsito no resulta común hoy en día, ni tampoco corresponden a trayectos que tengan antecedentes históricos.

De la observación anterior se desprenden geopolíticamente dos consecuencias. La primera sería la necesidad y urgencia de definir direcciones y sentidos preferenciales en la modalidad con que Chile se incorpora

a la cuenca océano pacífica. Debe procurarse una sectorialización y fijar una prioridad espacial clara y permanente en la política de integración chilena al Océano Pacífico. En segundo término el problema de la dimensión del Océano Pacífico realza el importantísimo valor estratégico que adquieren las posiciones insulares en su interior. En esta perspectiva se revela el significado que asume Isla de Pascua.

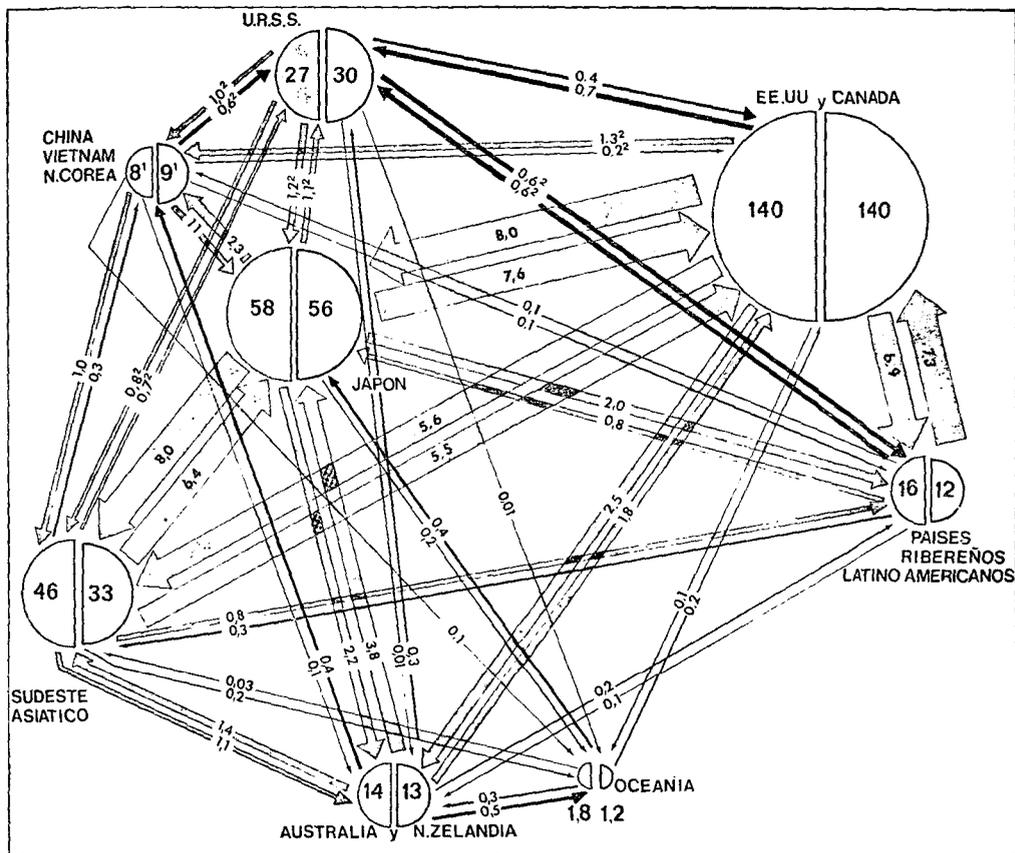
De manera que cuando se sostiene genéricamente que Chile debe insertarse hacia la comunidad Océano Pacífica hay que tener especial prudencia respecto a la forma, la dirección y la intencionalidad con que el país debe concebir e implementar esa necesaria incorporación.

Si se pregunta por la importancia geoeconómica y geopolítica del Océano Pacífico se perfilan, esencialmente, tres parámetros que dan una respuesta aproximada a esta variable. La extensión del Océano Pacífico, en cuanto a superficie oceánica, corresponde al 35% del tamaño total del planeta. Al añadirle la superficie de los países ribereños se configuran 249.006.000 km², equivalentes a la mitad de la superficie del globo. Si a esa misma operación se le resta ahora la superficie de EE. UU., la Unión Soviética y China, el peso relativo del Pacífico se reduce al 37% de la superficie mundial. Por su parte, la población de la cuenca Pacífica comprende la mitad de la población mundial. La población de la cuenca sin EE. UU. y la Unión Soviética se traduce al 37% de la población mundial y si se descuenta también China la cifra se reduce al 17%. Así se evidencia que en el Océano Pacífico se configura, desde el punto de vista geopolítico, un predominio y una jerarquía de tres grandes naciones a saber: EE. UU., Unión Soviética y China.

En segundo término, el comercio de la cuenca Océano Pacífico concentra el 40% de las importaciones totales del mundo y sólo el 34% de las exportaciones mundiales tomando como base el año 1982. Por consiguiente, es una zona con balanza comercial deficitaria. Excluyendo los EE. UU. y la Unión Soviética, el peso relativo se reduce al 16% de las importaciones y al 14% de las exportaciones. De manera que la gran conclusión que se puede extraer de ésta información básica es la jerarquía en la importancia geopolítica de los países que convergen al Océano Pacífico: EE. UU., la Unión Soviética y China, originándose una situación convergente con las características demográficas señaladas anteriormente.

El Cuadro Nº 1, es un ideograma que simula la cuenca Océano Pacífico con sus países ribereños. Los círculos muestran por un lado las importaciones y por el otro las exportaciones. El grosor de las flechas indica la intensidad, la potencia del intercambio comercial que hay en la cuenca. Interesante resulta resaltar que el Océano Pacífico está ocupado y culturizado —desde el punto de vista comercial— principalmente en su mitad del hemisferio norte, mientras que su hemisferio sur prácticamente no tiene lazos de intercambio comercial dignos de ser destacados.

CUADRO N° 1



 Total importaciones 1975
 (1000 millones de US\$)

 2.0
 0.8

Flujo comercio exterior 1975
 (1000 millones de US\$)

1 - Estimación
 2 - 1974

 Total exportaciones 1975
 (1000 millones de US\$)

Prof. Ricardo Riestra J.
 Dib. Allan Daille C.

* No se ha incluido el comercio interno de los países

Por otro lado se observan lazos de conexión diagonales muy estrechos entre EE. UU. - Canadá con el Sudeste Asiático, y una ausencia de esos lazos en todos los restantes sectores. Sin entrar en análisis detallado, se observa una fuerte vinculación también entre EE. UU. y Canadá con América Latina y a la vez un gran vacío de intercambio comercial en el Pacífico meridional sur-oriental. Una estructuración muy similar asume la composición demográfica de la cuenca pacífica. Destaca una acentuada presión poblacional en la vertiente asiática occidental tanto inter como extratropical en el hemisferio norte. En concordancia con el análisis comercial de la cuenca, también se observa un intenso vacío demográfico en la vertiente pacífica sudamericana, particularmente en su cuadrante suroriental ocupado por Chile.

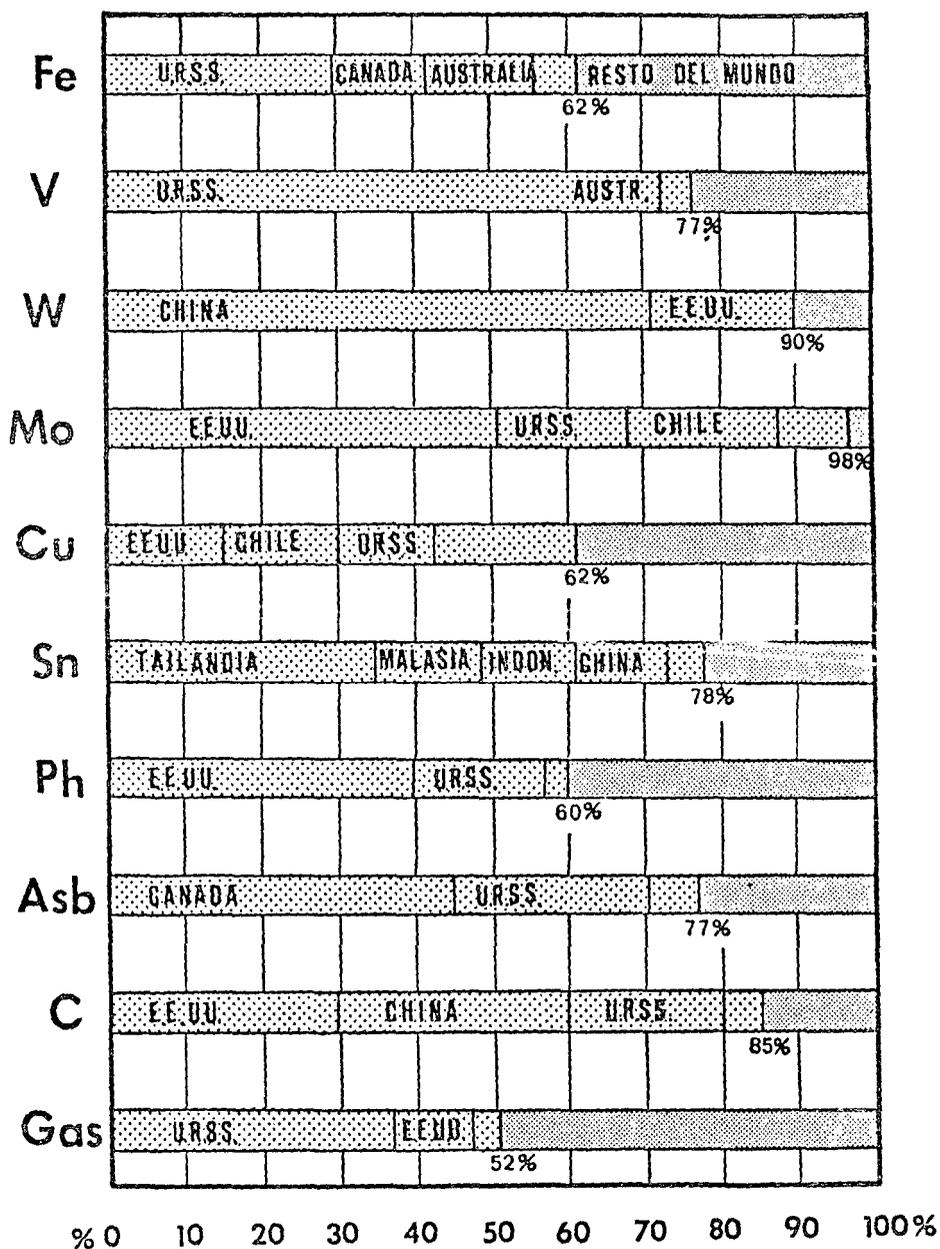
Este desequilibrio comercial y demográfico descrito se agudiza si se considera adicionalmente los potenciales de diez recursos catalogados como estratégicos para el desarrollo industrial y que se ubican en la cuenca Océano Pacífico. La tabla N° 1 da cuenta del porcentaje que estos diez productos representan en el total de las reservas mundiales prospectadas y evaluadas. En términos promedios se desprende que más de 2/3 de las reservas mundiales de estos productos se localizan en la cuenca, situación que evidentemente hace converger la mirada de todo el mundo industrializado hacia esta área.

Se añade a las consideraciones hasta aquí expuestas una observación adicional fundada en un postulado sostenido por Ratzel,⁶ y que reviste singular importancia en este contexto. Ratzel sostiene que la vocación marítima de un pueblo se articula a partir de la altura que viva con respecto al nivel del mar. Si se analiza esta distribución distancia de costa y altura sobre el mar para los continentes de Asia, Australia, Oceanía y Norteamérica y Sudamérica se desprenden aspectos muy interesantes. En Asia la mayor parte de la población se ubica a nivel del mar, mientras que en Australia y Oceanía, comparativamente, no se registran habitantes. En Sudamérica la situación es absolutamente a la inversa. Gran parte de la población vive alejada de la costa en pisos altitudinales intermedios y altos. En consecuencia y siguiendo a Ratzel, la mayor vocación marítima de los pueblos de la cuenca Pacífica radica entonces en la vertiente asiática.

No obstante estas facetas del Océano Pacífico, se pueden esgrimir otras consideraciones que destacan aún más la atención mundial que concertan los espacios marítimos australes de este océano. La superficie total que ocupan los océanos en el planeta equivale a 350 millones de km². Si a esa superficie se le resta el área que queda abarcada en las 200 millas de mar patrimonial, aceptadas mayoritariamente en reciente reunión de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar en Jamaica, se configuran sólo 70 millones de km² que sería la superficie correspondiente a los océanos internacionales, patrimonio común de la humanidad.

De esta última superficie más de la mitad se ubica en el Océano Pacífico y de esos 35 millones de km², 2/3 se concentran en el Pacífico Sur. Este dimensionamiento adquiere su verdadero realce al considerar

TABLA N° 1: PRINCIPALES RECURSOS LOCALIZADOS EN LA CUENCA OCEANO PACIFICO



Div. fuentes: UNO, Weltwirtschafts-institut,

adicionalmente la dotación de recursos que se analizara anteriormente. En esta perspectiva pareciera que el gradiente norte sur, entendido como diálogo norte-sur, fuera sólo una falacia política. Su razón de ser se entiende únicamente como expresión de una realidad geopolítica que no es otra que reconocer la riqueza económica potencial de la cuenca Océano Pacífico Austral. Finalmente, el Cuadro 2 muestra cuál es la perspectiva, el sentido, la dirección y la dimensión con que Chile se inserta en esta problemática geoestratégica austral. En él se distingue el área regida por el Tratado Antártico y que no es exclusivamente el continente antártico, sino toda la superficie oceánica y terrestre ubicada al sur del paralelo de los 60°. De tal modo el Tratado Antártico rige sobre 34 millones de km², es decir, un área mayor del planeta. A manera de comparación el continente tiene 18 millones, mientras que el africano 30 millones de km². Chile tiene una evidente ventaja de situación con respecto a este ámbito antártico y en relación al Pacífico Sur. Este hecho favorable se entiende sólo en un sentido de geografía política moderna que valora la posición no exclusivamente en función del valor territorial, sino además teniendo en consideración el conjunto mayor de territorios que coactúan simultáneamente en un ámbito.

Esta ventaja de posición se resume en dos grandes aspectos. Primeramente, Chile es el país que tiene la costa más extensa frente al Océano Pacífico Sur y, en segundo lugar, Chile controla la entrada principal hacia el continente antártico conjuntamente con Argentina.

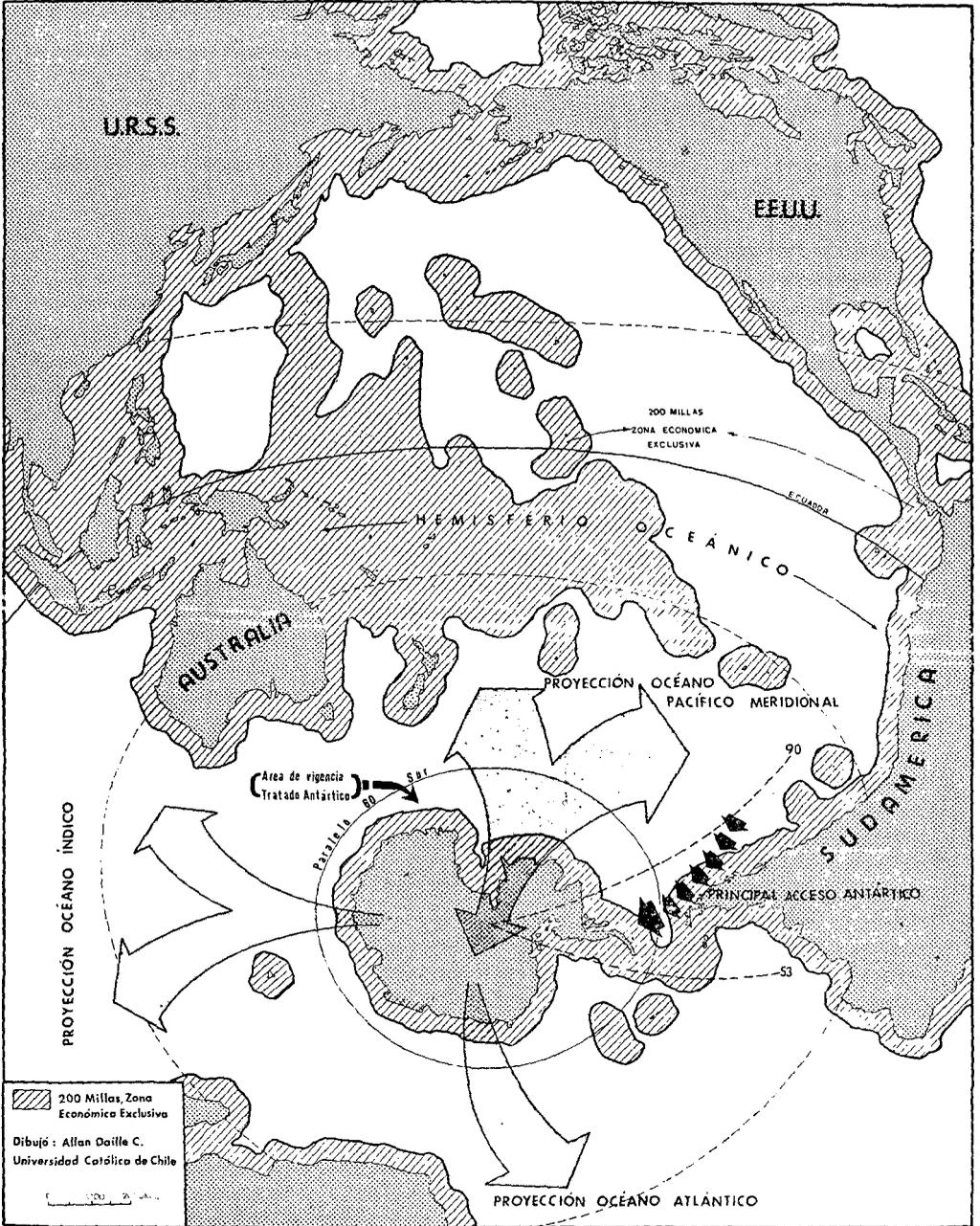
Por otro lado, en esta ocasión se deja enunciada la posición geoestratégica favorable que caracteriza a la Isla de Pascua como punto de control y de acceso de toda la presión marítima proveniente del hemisferio norte en dirección de estos espacios oceánicos australes. Intentando un símil geopolítico, la posición de la Isla de Pascua se puede comparar directamente con la importancia geoestratégica que posee Hawai en el Pacífico Septentrional.

Particularidad geopolítica de la Antártica

Las primeras mediciones del perímetro antártico entregan una cifra de 23.380 km lineales que equivalen aproximadamente a la mitad de la circunferencia en el Ecuador terrestre. Ese perímetro encierra no obstante un Hinterland de 14 millones de km². Esta singularidad geográfica que consiste en un Hinterland extremadamente extenso, pero que tiene sólo un acceso principal a través de la Península Antártica, le confiere a esta última, una desproporcionada importancia. El continente antártico tiene, desde luego, otras entradas por mar pero que revisten serios peligros, mientras la Península Antártica es la única que es operable a lo largo de todo el año.

A la Península se accede, a su vez, por el cono sur de Sudamérica. Entonces es Chile, conjuntamente con Argentina, quienes controlan en definitiva el acceso terrestre hacia la Antártica. Esta relación desequilibrada es casi inédita en Geografía, y quizás el único ejemplo que se

CUADRO Nº 2



le asemeja son las estepas euroasiáticas que dan entrada al corazón continental de Asia. Históricamente las estepas han sido uno de los ámbitos más disputados bélicamente y se caracterizan siempre por ser zonas de tránsito y de paso, pero nunca zonas de asentamiento de población. Son corredores de penetración, verdaderas puertas de acceso.

Por último, no es factible eludir una inquietud adicional sobre el destino del Continente Antártico que puede revolucionar el significado potencial de todo este sector austral.

A través de estudios científicos recientes se ha establecido que el clima del interior del continente Antártico es extremadamente continental. Esto significa que en él se registran muy pocas precipitaciones y que se observa un número relativamente alto de días en que reina muy buen tiempo meteorológico. Si a este reconocimiento se le agrega el hecho de que en el interior de la Antártica se encuentran alturas superiores a 2.500 metros sobre el nivel del mar, se entiende entonces el por qué este espacio constituye una verdadera ventana abierta hacia el espacio extraatmosférico. Por lo tanto, el Polo Sur del planeta ha adquirido un valor de comunicación y de contacto con toda la navegación de satélites que circulan más allá de la atmósfera. Este hecho singular hace terriblemente peligrosa la disputa por el continente Antártico a futuro.

Finalmente, e intentando una visión integradora, pareciera converger tres argumentos que conforman una verdadera trilogía geopolítica en estos ámbitos australes del planeta y que dan cuenta de la importancia actual y futura de estos espacios:

- 1) La posición de Chile como país determina que a través de su costa controle el acceso al Océano Pacífico Sur desde el continente.
- 2) Chile vigila, en forma compartida con Argentina, el acceso a la Península Antártica y, por ende, al interior del continente Antártico.

- 3) El país tiene una posición de avanzada en el Océano Pacífico representada por la Isla de Pascua, que le permite vigilar el acceso marítimo proveniente del norte en dirección al cuadrante suroriental.

Como corolario de estos tres aspectos se configura la siguiente relación geoestratégica:

Quien domine las aguas del Océano Pacífico Sur proyecta su control geopolítico sobre la costa occidental de Sudamérica. Quien domine el Océano Pacífico Sur y el cono sur de Sudamérica ejerce simultáneamente su control sobre el continente antártico.

Este argumento puede plantearse también en forma inversa y decir que quien domine la Antártica domina en consecuencia el Océano Pacífico Sur. Es decir, estas dos unidades son interdependientes desde un punto de vista geopolítico y resulta imposible concebir el dominio de una sin necesariamente obtener el de la otra.

Chile debe explotar esa ventaja de situación geopolítica. Sin embargo, es iluso pensar que tiene fuerza propia como para poder acceder

a desempeñar un rol protagónico, pero sí tiene la ventaja de su posición para una negociación. En este contexto resulta fundamental desarrollar una política de acción conjunta con Argentina en el cono sur americano con miras a lograr una protección antártica.

Epílogo

El análisis presentado muestra los fundamentos geopolíticos que determinan la incorporación y la valoración geoestratégica del hemisferio austral del planeta. Esta reorientación geográfica se la entiende como consecuencia de la saturación geopolítica de la disputa no resuelta entre el poder continental y el oceánico en el hemisferio norte.

El enfoque ha puesto énfasis en los espacios geográficos más australes del hemisferio sur: el pacífico suroriental y el continental antártico. Ello implica que se han excluido del examen expresamente los grandes espacios geográficos intertropicales que separan los ámbitos extratropicales del hemisferio norte y del sur. Es decir, se les ha supuesto artificialmente como espacios geopolíticos vacíos.

Precisamente es ese supuesto geopolítico el que debe ser sometido a una cuidadosa revisión. La hipótesis de trabajo debe ser la siguiente:

En la historia de la humanidad no ha existido una potencia geopolítica de ubicación geográfica intertropical. La saturación del hemisferio norte extratropical podría eventualmente potencializar el surgimiento geopolítico de un vigoroso cinturón intertropical que distancie y separe los extremos boreales y australes del planeta, cuna y asiento del hombre blanco. ¿Qué comportamiento geopolítico puede asumir en tal evento la conjunción de territorios como Brasil, Africa tropical, India, Indonesia y el archipiélago de la Melanesia?

BIBLIOGRAFIA CITADA

1. SUAREZ, ISIDRO: Geografía e Historia. Su doble relación a través de los tratadistas. Pontificia Universidad Católica de Chile. Instituto de Geografía, 1980, p. 178.
 2. MACKINDER, S. HALFORD: The pivot of history. Londres, 1904.
 3. MATZNETTER, JOSEF: Der Nord-Süd-Konflikt. Eine geographische Begriffskritik, en: Wirtschaftsgeographie und Wirtschaftswissenschaften. 5. Frankfurter Wirtschaftsgeographisches Symposium 1983, editado en: Frankfurter Wirtschafts- und Sozialgeographische Schriften, Heft 46, 1984, pp. 137-168.
 4. HIRSCHMAN, ALBERT: Investment policies and "Dualism" in underdeveloped countries, en: American Economic Review, 47, pp. 550-570; 1957.
- HIRSCHMAN, ALBERT: The strategy of economic development, Yale studies in Economics 10, New Haven, 1958.

JESSEN, OTTO: Nord und Süd im Gegensatz und Einklang: Ein Vergleich, en. Petermanns Mitt; Jg. 96, pp. 6-15; 1952.

DÖRRENHAUS, FRITZ: Wo der Norden dem Süden begegnet: Südtirol. Bozen, 1959.

5. TURNER, F. J.: The frontiers in american history. 1920. Significance of sections in american history. 1932.

6. RATZEL, FRIEDRICH: Die Gesetze des räumlichen Wachstums der Staaten. Geogr. Zeitschrift, Wiesbaden, 1896.

RATZEL, FRIEDRICH: Anthropogeographie Grundzüge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte. Stuttgart, 1882.